

# Creación

## Nada más

Daniel Fopiani Roman

En aquel lugar lo conocían como *Il costruttore*. Otros, los menos románticos, le llamaban directamente *El tarado de la 147*.

Debajo de su colchón, donde otros presos debían de guardar pinchos, abrecartas o destornilladores para agujerear estómagos ajenos, Pietro Garnasso guardaba tres barajas de cartas. De las llamadas francesas. De las de picas y corazones. Tréboles y diamantes. Sin embargo, no las usaba para jugar a ningún juego.

Las usaba para construir.

Tomaba dos cartas y las inclinaba hasta que se apoyaran una contra la otra, formando así una pequeña pirámide. Al lado de ésta armaba otra estructura igual de simple, delicada, sutil. Sobre las puntas de las dos colocaba una sola carta que formaba un techo, un puente entre vértice y vértice. Operación que realizaba sumido en la más profunda de las meditaciones hasta que el suelo de la celda sostenía una casa entera llena de naipes. Pero una sola planta no era suficiente para *Il costruttore*. Sobre el techo del primer piso levantaba un segundo, solo que no tan ancho, encima del segundo un tercero; encima del tercero un cuarto. Y se-

guía. Aunque a partir del cuarto nivel tuviese que ponerse de pie para seguir (normalmente comenzaba a construir en cuclillas). En ese momento, en esa fase de la edificación, si uno se inclinaba y miraba hacia dentro, veía algo parecido a una colmena de triángulos a media altura. Cuando la arquitectura llegaba a los seis pisos, ya no hacía falta inclinarse demasiado para sumergirse en su interior. Y al hacerlo, lo que se veía ya no eran hileras de formas triangulares, sino un recinto frágil y desconcertante de formas diamantinas absolutamente encantadoras y absorbentes.

Si uno miraba durante mucho tiempo, se mareaba.

Los guardias de la prisión paseaban de vez en cuando por delante de la celda 147 para ver en directo al *costruttore*, sentado detrás del muro de cartón, en posición de loto, con la mirada perdida y un hilito acuoso y translúcido brillándole en la comisura de los labios.

—Mira, Frank, ¿no es hoy un poco más alta? —dijo Jimi, un policía gordo e hirsuto que se rascaba la entrepierna cada vez que hablaba. Daba igual de lo que fuese. La acción mental de abrir la boca llevaba intrínseco el gesto del restregón en la

zona escrotal. Entre los compañeros se habían preguntado en innumerables ocasiones si Jimmy era consciente de este tic rijoso —. Uno, dos, tres... ¡Siete pisos!

—Que va. Una vez vi una estructura de nueve plantas. Alcanzaba casi tres cuartos de la distancia entre el suelo y el techo. Parecía que pudiese desarmarse de solo mirarla. El capullo de Coney sopló desde aquí, desde fuera de los barrotes, y se la derrumbó entera.

Jimi sonrió. Los dos hablaban de forma tenue, como si no quisieran cortar el extraño trance en el que se encontraba *Il costruttore* al final de la celda. No todos los polis son como Coney. Como el cabrón de Coney.

—¿Qué hizo el viejo? ¿Por qué está aquí? Es decir, supongo que debe de ser un tipo peligroso. Tuvo que salirse de sus casillas al ver que uno de nosotros le tira por los suelos tanto tiempo de trabajo —Comentó Jimi mientras se rascaba la entrepierna.

—No se sabe a ciencia cierta cuáles son sus cargos. Lleva a aquí más años que Gullet, *El dinosaurio*. Así que ponte a hacer cuentas. No sé... es un tío muy raro. No me fío ni un pelo —comentó Jack sin reparo,

a pesar de que tuviese al susodicho a unos metros de distancia—. Fíjate en que este hombre ni se inmutó cuando Coney le tiró el castillo. Y eso que el capullo se reía como un desalmado cuando los naipes volaron como plumas. Reía de tal manera como si el que tuviese los sesos fritos fuese él —Jack hizo una pausa mientras los dos observaban por unos segundos la montaña de cartas—. Hay algo que no debe funcionar bien en la cabeza de este tipo. Lleva años sin soltar una palabra, sin quejarse siquiera de los golpes que de vez en cuando repartimos con las tonfas. Le cayó la perpetua y parece que, el muy tarado, va a conseguir terminarla con voto de silencio.

Otra pausa de varios segundos. Los maderos casi podían sentirse hipnotizados por la rejilla de naipes.

—*Il costruttore* se limitó a recoger las ruinas de su edificio sin siquiera dedicarnos una mirada de rechazo. De hecho creo que ni siquiera levantó la cabeza. Se limpió un poco las babas con la manga del mono de presidiario y, como si no hubiese nadie al otro lado de las rejas, cogió otras dos cartas y comenzó a construir.

—¿Y nada más?

—Y nada más.

Las pausas en la conversación eran más pesadas cada vez. No lo comentaban entre ellos, pero interiormente podían sentir como sus sentidos eran atraídos como por arte de brujería por la pirámide.

—Debe de ser duro saber que nunca vas a salir de una misma habitación. Por muy hijo de puta que se haya sido en un pasado —dijo Jimi mientras se rascaba la entrepierna inconscientemente.

—Supongo... En fin, volvamos a las cámaras. Estoy empezando a marearme con tanto cartón entrelazado. No sé cómo el viejo puede estar tanto tiempo con la mirada fija en ese maldito laberinto sin echar la pota.

Los guardias de seguridad se alejaron en dirección a la sala de cámaras mientras sus pasos

resonaban en las paredes del pasillo 602. *Il costruttore* podía sentir la vibración de las suelas de los zapatos al golpear con la fría piedra en todos y cada uno de sus naipes.

Porque eran suyos.

Cada carta, cada esquina redondeada del cartón funcionaba como una terminación nerviosa de su propio sistema biológico. El castillo y el preso eran uno solo. Un encaje perfecto. Un alma humana, llena de pelos y uñas, en perfecta armonía entre sotas y doses, reyes, dieces y comodines que se elevaban a despecho en un mundo que giraba a través de un universo de fuerzas y movimientos incoherentes; una torre que trasladaba al preso a otra dimensión, a otra nebulosa oculta para la mirada profana y trivial de los guardias de seguridad.

Porque en cada triángulo perfecto, en cada célula de la colmena de cartón, *Il costruttore* podía experimentar, observar, viajar a través de una ventana abierta al Universo. En cada casilla un lugar distinto, una imagen en movimiento, como cientos de diminutas pantallas que retransmitieran directamente la cadena televisiva del mismísimo creador del Todo.

Una hoja cayendo de un árbol, la explosión cegadora de una supernova, un hombre pegándole a su mujer, una piedra plomiza y polvorienta rodeada de una extensión infinita de granos de arena, un mechero y un cigarro, una gaviota, una vela que se consume, el nudo de una corbata, una copa, la Tierra vista desde miles de kilómetros en el espacio, luz, un calcetín arrugado sobre una silla de madera, una hormiga ahogándose en una gota de lluvia, la punta de un lápiz, un neutrón que vaga, un señor espionando por una ventana mientras se lleva la mano a la bragueta, una pistola, el pensamiento de un cangrejo, un enfermero, un grifo, una mosca que se posa en el mástil de una bandera, una mujer quitándose el maquillaje, un co-

razón bombeando, el reflejo de un pato en el agua, un asteroide que flota y gira suavemente, el ojo de un huracán, una lata de refresco, una caracola, una escalera con dos peldaños rotos, una confesión, la aurora boreal, el tapón de una bañera, el suspiro de un monje budista, la brisa nocturna de la playa, otra hoja que cae del mismo árbol, un libro ardiendo, un niño riendo, el último suspiro, luces fosforescentes en un pasillo, una camilla, lágrimas, una bombilla que estalla en mil pedazos y otra que se enciende...

Las imágenes se sucedían entre las paredes en perfecto equilibrio de cada celda triangular. Como si el Aleph de Borges se pudiese capturar entre picas, rombos, tréboles y corazones. Como si el cosmos, como si toda la realidad pudiese concentrarse allí, en cada celda isoscélica, mostrando una parte del todo. El todo de una parte.

La grandiosidad de la realidad absoluta, su inmensidad, su masa y gravedad atrapadas en algo tan frágil y volátil como un castillo de naipes. Nebulosas, galaxias y sistemas estelares sostenidos por el vibrante equilibrio del papel contra el papel.

*Il costruttore* observaba, buceando con la mirada en los miles de millones de imágenes que centelleaban en cada una de esas ventanas cósmicas.

Unos metros terrestres más allá, Coney dio un portazo al cerrar la sala de cámaras donde estaban los guardias reunidos. La onda mecánica se expandió por el aire, por cada átomo de fría materia que separaba la celda 147 de la sala de seguridad.

El castillo de naipes se derrumbó.

*Il costruttore* parpadeó, cogió dos cartas de entre los escombros y comenzó a construir.

Los guardias permanecieron encerrados, con la mirada extraviada entre las decenas de pantallas con imágenes grisáceas de las cámaras de seguridad de aquella prisión.